

**Alfonso Botti, Marco Cipolloni y Vittorio Scotti, *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*. Roma: Rubbettino, 2014, 629 pp.**

Realizar una reseña sobre un libro que reúne a más de veinte autores distintos se antoja siempre como una labor complicada. Es el caso de la obra colectiva que nos ocupa, *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*. Sin embargo, y aceptando de antemano el hecho de que resulta imposible prestar la debida atención a todos los matices de cada texto, cabe señalar toda una serie de observaciones generales que pueden resultar útiles para intentar comprender el libro y, quizá, insertarlo en problemáticas generales que lo trascienden a la vez que dialogan con él.

En primer lugar, estamos sin duda ante un completo estado de la cuestión de los estudios hispanistas. Uno de los grandes aciertos es que no solo encontramos partes dedicadas a los países que tradicionalmente han mostrado un mayor interés en la historia de España (Inglaterra y Francia principalmente), sino que hay secciones dedicadas a hispanismos más recientes, tales como el japonés y el centroeuropeo. Es cierto que el carácter necesariamente descriptivo de muchos de estos capítulos puede fatigar en ocasiones al lector, pero al mismo tiempo esta detallada información resulta sin duda de gran utilidad a la hora de valorar la evolución de los estudios hispanistas y sus autores y trabajos más representativos.

En todo caso, y tratando de desplazar el debate al análisis histórico propiamente dicho, hay toda una serie de puntos que creo que merecen ser comentados. En primer lugar, y es algo que se repite de forma continuada en varios de los capítulos, el hispanismo parece haber dejado atrás dos de los mitos que lo habían adornado desde su nacimiento. Por un lado, el de la “diferencia española” con respecto al resto de Europa y, por otro (aunque estrechamente relacionado), el del “retraso” de esta nación.

Al mismo tiempo, hay una práctica unanimidad entre los autores al indicar que el hispanismo ha recorrido las grandes vías que marcaban el desarrollo de la historiografía, siendo su último tránsito el consabido de la Historia Social al denominado culturalismo. Cabe señalar aquí que esta evolución se plantea en líneas generales como el simple (e implícitamente inocente) resultado del crecimiento de una disciplina que busca ampliar su saber y refinar sus métodos de investigación. Si bien la labor del intelectual debe ser siempre la del cuestionamiento de los propios planteamientos, el consabido riesgo es caer en una concepción acumulativa del saber que premie las últimas investigaciones sobre lo que se considera “superado”. El extremo consecuente de este planteamiento puede llegar a ser el defender como una aportación más valiosa, o al menos más relevante, cualquier estudio realizado recientemente sobre el fascismo que las reflexiones sobre el mismo de Walter Benjamin.

Es por ello que una primera crítica podría centrarse en la falta de tensión dialéctica a la hora de valorar esta evolución de la disciplina histórica en pleno diálogo (o por emplear

la expresión de Slavoj Žižek con sus matices traumáticos, “encuentro”) con las realidades políticas, económicas, sociales y culturales en la que se desarrolla. Si bien esta realidad no es ignorada por muchos de los autores (quizás quien más incida en ello sea el propio Alfonso Botti), no se aprecia en toda su profundidad la importancia de concebir la historiografía de cada época histórica en el centro de las batallas sociales de cada momento. O, cuando menos, esa tensión parece diluirse discretamente conforme llegamos al presente.

Esto no implica en modo alguno acusar a los autores del texto de complacencia con el papel de los historiadores, en este caso de los hispanistas, en relación con la profesión. Muy al contrario, creo percibir prácticamente en todos ellos síntomas de una sana incomodidad con los derroteros analíticos y metodológicos de la profesión en los últimos años. Quizás es Paul Aubert quien lo expresa con mayor claridad al calificar al hispanismo de “especialidad estrecha” al tiempo que señala la “fragmentación de sus objetos de estudio” al referirse a la historiografía francesa en general. Usando distintas expresiones, son varios los autores que parecen sugerir una cierta desazón con el vacío dejado tras la renuncia a la ambición de comprender la historia desde la totalidad.

Así, esta insatisfacción lleva a muchos de los protagonistas de este libro a plantear soluciones que permitan ampliar el horizonte analítico del historiador. Benoît Pellistrandi apuesta por superar la mera descripción de los fenómenos y verlos bajo el prisma “de un conjunto más global”, lo que permitirá en su opinión renovar la importancia del lenguaje como vehículo de expresión y del idioma como sistema de representación del mundo; Carlos Forcadell, por su parte, señala que el hispanismo ha operado tradicionalmente como un eslabón entre diferentes historiografías y que es necesario acentuar esta característica en el marco de una historia “crecientemente global”, apostando por los enfoques “comparativistas y transnacionales”; el propio Aubert indica que, quizá la próxima etapa sea la de “la evolución de una historia comparada de los países de Europa Meridional”. En sus palabras, la pulsión por un retorno a la totalidad, más o menos intuitivo, parece expresar esta insatisfacción con las fronteras a menudo rígidas dentro de las cuales se nos pide pensar la Historia en la actualidad.

Un último factor, nada inocente, permea los trabajos comentados. La guasona expresión inglesa *There is an elephant in the room* (verdad, problema o riesgo obvio que permanece oculto por distintas razones) puede servir para introducirla. La habitación, por así decirlo, es el espacio de discusión entre los historiadores. El elefante, pesado e incómodo, es el capitalismo. El elefante es aparentemente invisible ya que ha desaparecido prácticamente del panorama investigador, pero su presencia se hace notar en muchos de los capítulos del libro. Y hay que hacer un verdadero esfuerzo de flexibilidad para cruzar la habitación sin rozar siquiera sus colmillos. Especialmente, aunque no de forma única, en el análisis sobre uno de los periodos predilectos de análisis del hispanismo: la dictadura franquista.

Las raíces de esta paradoja son profundas. Como señala Benoît Pellistrandi (de forma crítica), ya en 1979 Témine, Broder y Chastagnaret propusieron la hipótesis de que la “única” ruptura real de la historia de España se sitúa en 1958 porque economía y sociedad empiezan a cambiar; Albert Broder remarcó en 1998 cómo España pasó en medio siglo

(periodo esencialmente dominado por el franquismo) de ser un Estado en crisis a miembro de pleno derecho de la UE. “Un contraste tan fuerte –concluye Pellistrandi– no puede dejar de suscitar el interés del historiador”.

Del mismo modo, en el texto de Paul Aubert el crecimiento económico capitalista resulta fundamental para entender el interés renovado de Francia por España tras la muerte de Franco. “No obstante, una vez que se había levantado el mayor obstáculo político, y *estaba asegurado el desarrollo económico*, no se podía seguir tratando a la décima potencia mundial camino de la democracia como si fuera insignificante”. Pero mucho más significativa es la siguiente afirmación del mismo autor: “Entre 1959 y 1982, España, cuyo régimen franquista tenía por fin parar la historia, cambió considerablemente. Hasta *quemó etapas*, puesto que conoció, en el ámbito económico, social y político, las mutaciones más rápidas y profundas de la historia desde la caída del Antiguo Régimen”. Dos cuestiones se derivan de estas afirmaciones. La primera, el contraste entre la importancia capital que estos autores conceden a la economía para comprender el desarrollo histórico y la nula presencia de esta en los debates historiográficos actuales. La segunda, la desvinculación que se hace entre el “primer” y el “segundo” franquismo, entre los primeros veinte años del régimen y su segunda etapa cuando, en realidad, el desarrollo económico de los sesenta no puede ser comprendido sin la explotación y la violencia inherentes al proceso de acumulación de capital de los terribles años cuarenta. Sin necesidad de un enfoque estrictamente marxista, el editor de ese libro Alfonso Botti ya esbozó esta idea en su obra *Cielo y dinero*.

Todo lo argumentado hasta ahora confluye en el texto que, quizá, mayor ambición analítica posee y que más favorece la posibilidad de un debate fructífero. Me refiero al de Ismael Saz, “El debate sobre los fascismos y España”. Saz, que a día de hoy es uno de los máximos referentes sobre el estudio del franquismo en España, rechaza la conocida como “función social” del fascismo ya que, en su opinión, “diluye hasta el extremo su potencial explicativo”. Siguiendo la estela de sus trabajos de los últimos veinte años, apuesta por centrarse en las diferencias existentes entre las dos grandes familias de la dictadura, la fascista (encarnada en Falange) y la más puramente nacionalcatólica. En su opinión, el estudio de la ideología, la cultura y la política debe prevalecer a la hora de comprender el régimen franquista desde su génesis hasta su crisis y extinción.

Saz, en la línea del resto de textos, indica cómo el mito del “atraso” de España no funciona como clave explicativa y, siguiendo a Botti, señala sagazmente que el franquismo se caracteriza “por una profunda apuesta, y *desde el principio*, por la modernidad económica capitalista. Consecuentemente, y no es el menor de los logros, el mismo desarrollismo de los años sesenta se podía ver desde esta perspectiva como algo no ajeno al franquismo, sino propio de su matriz ideológica”. La economía se sitúa aquí como un eje esencial para comprender no solo el desarrollo, sino el mismo proyecto dictatorial desde sus raíces. Pero, y aquí llega quizás lo más sorprendente, Saz deduce que, por ello, el estudio del franquismo debe ser situado “en el terreno que le es propio, en el de la cultura, la ideología y la política”. La economía o bien ni siquiera aparece mencionada o lo hace hasta cierto punto diluida y subordinada a unos conceptos que, de la forma en la que han sido

definidos tradicionalmente por el Culturalismo, son esferas independientes del área económica.

Las carencias e insatisfacciones anteriormente comentadas parecen expresarse también en la obra de Saz. El vacío dejado por el abandono de la totalidad parece ser el que le lleva a denunciar un “sujeto político mancato” que, en su opinión, es el nacionalismo “antiliberal”, lo que permitiría además integrar el caso español con el resto de movimientos de extrema derecha europea del momento. La ausencia de tensión dialéctica entre los enfoques historiográficos y la realidad política, económica y social en la que los historiadores vivimos se revela aquí clave. Desde los trabajos de Roger Griffin (significativamente publicados a principios de los años noventa, en pleno auge del triunfante neoliberalismo) la historiografía española ha ido mostrando mayor aceptación por la idea de que lo que define al fascismo y al nacionalcatolicismo es, como señala Saz, su común posición “visceralmente antiliberal”. Pero si es este el punto central de encuentro entre el nacionalismo reaccionario y el fascista, ya que ambos se oponen al liberalismo, cabe señalar que opuesto no es sinónimo de antagónico. Y siguiendo al propio Ramiro Ledesma, lo antagónico al fascismo siempre fue el marxismo.

En definitiva, el libro *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)* muestra de manera eficaz el recorrido de distintas ramas del hispanismo, citando a sus principales autores y su evolución al compás de las corrientes historiográficas dominantes. Pero, además, dentro de la variedad de temas y de la gran cantidad de autores que lo componen, se puede rastrear tanto la superación de los viejos mitos (generalmente despectivos) sobre España, como la posibilidad de abrir nuevos horizontes de debate, de crítica y de encuentros dentro de la profesión. Encuentros que ahora, ante el veloz desarrollo de los cambios económicos, sociales y políticos y que vive España, se plantean más apasionantes que nunca.

Ramiro Trullén Floría

Doctor en Historia y profesor de Educación Secundaria (Gobierno de Aragón)  
marxistadelaramadegroucho@gmail.com

Fecha de recepción: 16 de junio de 2016.

Fecha de aceptación: 20 de junio de 2016.

Publicación: 30 de junio de 2016.

Para citar este artículo: Ramiro Trullén Floría, “A. Botti, M. Cipolloni y V. Scotti, *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*. Roma: Rubbettino, 2014, 629 pp.”, *Historiografías*, 11 (enero-junio, 2016): pp. 159-162.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/11/trullen.pdf>